

5

JUAN LECHIN OQUENDO

No compartimos el criterio de quienes sostienen que no es posible todavía presentar con la suficiente ecuanimidad el rol que ha jugado o juega el señor Juan Lechín en la política y el movimiento obrero boliviano, esto porque siendo un contemporáneo nuestro no es posible analizar su conducta dentro de la perspectiva histórica. Esta objeción puede ser valedera tratándose de personajes que actúan de acuerdo a ideas y programas de largo alcance y cuya justeza o no, sólo puede probarse a la luz de los acontecimientos. El teórico debe ser valorado no tanto por lo que hace en el presente como por la repercusión de sus ideas en el futuro. El activista y el organizador se agotan en los días que le sirven de escenario. El señor Lechín no es más que la actuación del momento y toda su persona se hunde en el pasado. Nada nos ofrece para poder proyectarlo en las épocas venideras. Sus éxitos, sus derrotas y su relumbrón siempre han sido fugaces y es difícil encontrar en él algo perdurable. Sin embargo, forma parte de la clase obrera boliviana; es un momento de la historia admirable de los mineros y del pueblo todo. Aclaremos, se trata de un momento transitorio, del paso de la clase obrera sometida a influencias extrañas hacia su liberación ideológica y organizativa. Por todo esto nos parece que no se comete ninguna arbitrariedad en presentar su retrato y juzgarlo.

Su amigo Barcelli, sobre cuya benévola e interesada parcialización no es necesario insistir, le dedica un esbozo biográfico y lo coloca junto a Lenin. Por este autor sabemos que nació el año 1914 en Corocoro, en ese entonces todavía uno de los centros mineros más importantes del país, porque en él se concentraba una enorme masa obrera, en cuyas capas subterráneas bullían las ideas de avanzada. Mas, sería equivocado sostener que el siempre agitado Corocoro decidió el destino del futuro líder. No olvidemos que recién a los treinta años toma contacto con el movimiento obrero y con las ideas políticas, es decir, a una edad en la que generalmente todo rebelde ya tiene su historia.

Muy joven abandonó sus estudios secundarios para seguir cursos de contabilidad (fue alumno del Instituto Americano, colegio al que envía sus hijos la clase media arribista). Su biógrafo añade que abandonó sus estudios para poder ganarse el sustento diario trabajando. "Atraído por las actividades deportivas se distinguió como magnífico futbolista y basketbolista". Estos antecedentes prosaicos nos permiten descubrir al que se convertirá en vitalicio Secretario Ejecutivo de la Federación de Mineros y en dirigente político de primera importancia. Marchó como soldado a la Guerra del Chaco y "por su acción distinguida en Cuatro Vientos y Kilómetro Siete" alcanzó el grado de sargento. La hoja de servicios de miles de ciudadanos está llena de iguales antecedentes. Los revolucionarios, los hombres de izquierda, lucharon contra la guerra, fueron apresados y purgaron su osadía en el confinamiento, el destierro y las cárceles. Los más apasionados murieron en las arenas del Chaco, ante el pelotón de fusilamiento por derrotistas (los jefes militares los llamaban despectivamente "izquierdistas"). Se puede concluir que Lechín fue arrastrado por la corriente patriótera y que no se paró a analizar el significado de la guerra; no era un hombre de pensamiento y no compartía las inquietudes de los mejores de su época. Era el deportista que no deseaba incursionar en honduras. Volvió del Chaco tal como ingresó. Para grandes capas de combatientes la guerra importó un verdadero sacudimiento espiritual e ideológico, les obligó a buscar soluciones para la tragedia y la bancarrota nacionales. Esos jóvenes que hacían del problema del país su problema, se radicalizaron invariablemente y dieron nacimiento a los núcleos que más tarde definieron la suerte de la política. El MNR ha repetido hasta el cansancio que su ideología resume las esperanzas de los hombres que tan generosamente regaron con su sangre los sedientos desiertos chaqueños. El joven Lechín, de recia contextura física y apolínea estampa, es extraño a todo este proceso.

¿Cómo entonces ha podido convertirse en el caudillo de los trabajadores? ¿Cómo ha podido sobreponerse a los viejos dirigentes sindicales y a los ideólogos de izquierda, que venían batallando apasionadamente desde hacía mucho tiempo? Los factores que determinan el encumbramiento de Lechín pueden ser resumidos en la siguiente forma: la bancarrota del stalinismo como dirección sindical; la carencia de un poderoso partido de la clase obrera; la propaganda y el aparato estatal es puestos al servicio del nuevo dirigente ¹.

Lo primero que tiene que anotarse es que Lechín llega, en 1944, a la Federación de Mineros sin ostentar antecedente sindical alguno y cuando era militante nuevo (no dirigente) del MNR en el poder, partido

1.- Guillermo Lora, "La revolución boliviana". La Paz, 1969.

al que se había adherido en 1943. Es falsa la información en sentido de que "una vez desmovilizado entró a trabajar como obrero en las minas en donde se distinguió por su infatigable labor en pro de la organización sindical de los mineros". No existe un solo documento y ni siquiera el testimonio de persona alguna que pueda certificar la ingerencia de Lechín en las cuestiones sindicales antes de 1944. Trabajó por breve tiempo en Siglo XX, donde se hizo famoso solamente como futbolista y hombre fuerte en los antros de diversión.

Nuestro héroe se complace en deformar la realidad y en aparecer como un elemento que siempre se preocupó por la suerte de los obreros y estudió sus problemas: "Mis primeros años transcurrieron modestamente en los medios obreros. Desde joven, muy joven, me apasionó la causa de los mineros. Conocí sus dolores y palpé sus difíciles condiciones de vida. Más tarde, di a conocer mi pensamiento y sufrí muchas persecuciones ... " ².

Después de la revolución del 20 de diciembre de 1943 fue nombrado Subprefecto de la Provincia Bustillo (Siglo XX-Catavi). Por entonces esa autoridad tenía alguna importancia en los distritos provinciales y en las minas estaba obligado a exigir a las poderosas empresas el cumplimiento de las leyes. En cierta oportunidad Lechín tuvo un serio altercado con el administrador de la Patiño, hecho que seguramente llegó a conocimiento de algunas capas de trabajadores, tan deseosos de que alguien pudiese poner en orden a los prepotentes gringos. A pesar de que en esa época era un movimientista ajeno a los problemas e inquietudes de los mineros, para éstos fue una buena autoridad.

El gobierno, particularmente el MNR, decidió organizar una fuerte entidad sindical con los trabajadores de las minas, que ya se habían emancipado del control pirista. Se trataba de asestar un golpe maestro al frente rosca-stalinismo que actuaba en el campo laboral a través de la agonizante CSTB. En 1944, nace la actual Federación de Mineros, en el congreso de Huanuni, el primero de su serie. No pocos sostienen que la intensa actividad desenvuelta por Lechín culminó en esa reunión. Este es uno de los tantos equívocos interesadamente propalados acerca de la vida del dirigente minero. Correspondió al Sindicato Mixto de Huanuni (los militantes del oficialismo habían logrado marginar de su dirección toda influencia de los marxistas hermanos Moisés) tomar a su cargo toda la pesada labor preparatoria del congreso, como demostramos documentadamente en el lugar pertinente. El cerebro y la voluntad de tales trabajos fue Emilio Carvajal, un emeenerista de importancia, que actuó en el parlamento, llegó a ser Presidente de la COMIBOL y finalmente, emigró a la Argentina. Lo cierto es que Lechín no movió un solo dedo en la etapa anterior a la reunión minera.

Para sorpresa de los que asistieron a Huanuni (algunos genuinos representantes de las bases y otros producto de auto designaciones), la delegación de Catavi incluía al señor Lechín. Acaso no todos sabían que se trataba de una autoridad provincial con asiento en Uncía. Los dirigentes Veneros, Gaspar y otros han revelado que fueron ellos los que, a espaldas de los obreros proporcionaron al que más tarde se convirtió en indiscutible portavoz de la FSTMB una credencial elaborada en nivel de dirección únicamente y así pudo integrarse en el congreso como representante de la mina más importante. ¿Por qué procedieron así los obreros más esclarecidos? No precisamente impulsados por simples sentimientos de amistad o buscando el asesoramiento de un elemento tecnificado en cuestiones y maniobras sindicales. Se descubre fácilmente la mano del gobierno, que estaba interesado en controlar de cerca a la nueva organización por medio de elementos incondicionales. El obrero de base, que a diario sufre la presión de sus compañeros, es el menos señalado para actuar como quinta columnista de un régimen interesado en limitar las actividades de las agrupaciones laborales.

En el congreso de Huanuni fue designado como Secretario General (en ese entonces el cargo más elevado dentro de la jerarquía sindical) de la Federación de Mineros, Emilio Carvajal, en merecido reconocimiento de su capacidad de los trabajos que había realizado para lograr la organización de la nueva central. Lechín fue encargado de la Secretaría Permanente (que tenía a su cargo realizar los trámites cotidianos, administrativos y ejecutar los acuerdos tomados). Todavía en 1945 firmaba los documentos sindicales en calidad de tal. A nadie se le ocurrió proponer la creación de la Secretaría Ejecutiva, porque se apartaba completamente de las tradiciones organizativas del sindicalismo. Sólo más tarde sería ideada la innovación para permitir a un dirigente convertirse en autócrata dentro de la Federación. Fue idea de los congresistas instalar en La Paz una oficina, a cargo del Secretario Permanente, a fin de que pudiese realizar ante las autoridades los trámites a que obliga la actividad cotidiana. Lechín debutó, pues, en la Federación de Mineros como una especie de funcionario de segunda línea.

2.- Raúl Aldunate P., "Tras la cortina de estaño". Santiago de Chile, 1955.

Bien pronto la Secretaría Permanente se convirtió en un puesto clave y desde él el señor Lechín trabajó sin descanso para reemplazar a Carvajal en la dirección sindical. Por este camino, más que llevar a las masas ideas revolucionarias, buscaba ganar influencia política dentro del partido de gobierno. Supo granjearse gracias a su devoción al trabajo y a sus dotes de simpatía personal, la amistad y la buena voluntad tanto de las autoridades del Ministerio de Trabajo como de los mismos obreros. Mostraba una envidiable diligencia en la solución de pequeños conflictos sindicales. Cuando se realizó el segundo congreso minero, en Potosí, en julio de 1945, Lechín era ya dueño de la organización y fue designado como su Secretario Ejecutivo. Esa reunión aprobó un tímido pliego de reivindicaciones inmediatas y un obsecuente voto de aplauso y gratitud en favor de Germán Monroy Block, Ministro de Trabajo.

El origen espurio del liderato de Lechín pudo darse porque el stalinismo (PIR) dejó a los sindicatos virtualmente sin dirección y a merced del gobierno, que acentuaba su campaña obrerista, a fin de ampliar su base de sustentación. Durante la Segunda Guerra Mundial, el PIR se orientó a sabotear todo pedido laboral de mejoramiento económico y, como respuesta a esta traición flagrante, los obreros se mostraban dispuestos a apuntalar a cualquiera que saliese a defender sus derechos. La Federación de Mineros nació como movimientista y por algún tiempo mantuvo inalterable su incondicional adhesión al gobierno. Lechín no puede ser considerado como el factor que contribuyó decididamente a crear este estado de cosas; sino, más bien como el elemento que supo sacar mucha ventaja de él.

De una manera general, el líder obrero, sea que pertenezca al campo revolucionario o no, ha sido siempre aquel que se ha identificado en alguna forma con la clase, ya por provenir de ella, bien porque ideológicamente se ha asimilado a los trabajadores o ya por haberse colocado a la cabeza de las masas en la lucha por sus reivindicaciones inmediatas. Los que han dejado huella en la vida sindical y han descollado en el liderato, no se han contentado con no renegar de su pasado proletario, sino que lograron convertirse en teóricos de su clase, no importando que sus planteamientos hayan sido acertados o erróneos. Esto ocurre con el caso de los dirigentes sindicales marxistas y también tratándose de los reformistas y amigos del capitalismo. Como ejemplo de este último caso tenemos a Lewis y Reuther ³ este último ha dedicado mucho tiempo a teorizar acerca del porvenir del actual modo de producción y de la naturaleza del proletariado. Lechín no pocas veces se ha esforzado por parangonarse con John Lewis, líder norteamericano de las organizaciones mineras. Otros han dedicado prácticamente toda su existencia a fortalecer materialmente a las organizaciones obreras y han llegado a la conclusión, falsa por supuesto de que fuera de ellas no hay ninguna posibilidad de luchar por el bienestar de los explotados. Gompers encarna esa pasión y esa tendencia ⁴. Lechín es un caso sorprendente, pues es el líder sindical que permanece, en su forma de vivir, actuar y pensar, totalmente extraño a los trabajadores. No se identifica con ellos teóricamente, su barniz marxista no ha podido resistir las primeras lluvias y en su vida privada (donde campea el arribismo social y la molicie) ha puesto especial cuidado en aburguesarse. Está muy lejos de ser el ideólogo de los trabajadores, porque políticamente representa las ideas pequeño-burguesas en el seno del movimiento obrero. Dicho de otra manera, es el líder de las manifestaciones obreristas del MNR, incluso cuando actúa como Jefe del Partido Revolucionario de Izquierda Nacional, esto siempre que se conceda transcendencia a sus contradictorias expresiones políticas. Si se observa con atención su conducta llena de altibajos, de constantes volteretas, se llega a la conclusión de que para él las especulaciones ideológicas no tienen más finalidad que encubrir las maniobras a las que le obliga su necesidad de permanecer como dirigente laboral. El obrero que se eleva hasta el marxismo, es decir, que llega a expresar conscientemente los intereses históricos de su clase, parte de la evidencia de que la práctica diaria debe estar guiada por una clara doctrina. Esto no es posible exigir a Lechín, pero tampoco el sindicalismo que se desarrolla entre los obreros es para él un fin. El movimiento sindical le ha servido para escalar ciertos escalones políticos, en una carrera que sigue una dirección opuesta al camino señalado por los trabajadores de vanguardia.

El gobierno Villarroel-MNR, impulsado por sus propias necesidades, contribuyó en mucho a la movilización de las masas (ciertamente no era para liberarlas, sino para servirse de ellas), y, sin darse cuenta, así "llevó a su propio seno el germen de su destrucción". El asalariado, que tiende a cobrar autonomía ideológica y organizativa, no bien ha sido puesto en marcha, amenazó peligrosamente en superar los lineamientos de la política gubernamental y buscó seguir su propio camino (independencia de clase). El fenómeno se acentuó en la postrimerías del régimen y ya no se podía prever que maduraba el enfrentamiento de las masas con el oficialismo. Esta tendencia constituyó el punto de partida de la actuación revolucionaria. Lechín jugó su papel en este proceso, pero lo hizo de un modo empírico,

3.- Walter L. Reuther, "Ideario de un sindicalista". Buenos Aires, 1964.

4.- Samuel Gompers, "Sesenta años de lucha y de trabajo". México, s/f.

reflejando, acaso sin darse cuenta, las tendencias en pugna dentro del movimiento obrero, oscilando entre las posiciones del oficialismo y los postulados de la izquierda marxista.

El PIR, que ya había catalogado al dirigente minero como a uno de sus peores enemigos, veía las cosas de otra manera y ni siquiera logró percatarse de la existencia del fenómeno citado más arriba. Se le antojaba que los mineros se habían convertido en nazifascistas y que estaban condenados a actuar como simples fichas en manos del gobierno. No tenía más interés que ganarse la confianza de la derecha rosquera y combatir al gobierno Villarreal desde la trinchera contrarrevolucionaria. Por esta razón fue perdiendo prácticamente a su militancia obrera. La oposición al gobierno desarrollada por la vanguardia proletaria partía de posiciones clara e inconfundiblemente radicales. Por otro lado, el régimen RADEPA-MNR concluyó capitulando en toda la línea frente al imperialismo norteamericano, antecedente que bien pronto fue echado al olvido. El distanciamiento entre el oficialismo y las masas se acentuaba cada día más.

El señor Lechín hace su aprendizaje teórico (vino al movimiento obrero muy tarde y sin bagaje doctrinal alguno y lo más que se le puede asignar es buena voluntad) en esta escuela de radicalismo. El dirigente sindical que no es educado por un partido revolucionario y que no maneja los elementos esenciales de la teoría, se convierte en un empírico que para orientarse no cuenta más que con los modestos recursos de su instinto; lo normal es que este "dirigente", en el mejor de los casos, sea apenas un seguidista de las masas. Sin embargo, un elemento virgen de conocimientos políticos recibe de manera más directa la influencia de las bases sindicales y de modo inevitable, la deforma al reflejarla. Víctima de este proceso y hay que suponer que honestamente, Lechín decidió relacionarse con el Partido Obrero Revolucionario (que en esa época recién insurgía a la palestra pública) y alejarse del MNR (en algún momento habló de romper con el oficialismo) por considerar -como él mismo nos dijo- que esta organización estaba incapacitada para libertar a los explotados. Su incipiente evolución política nos permite afirmar que esa decisión, materializada de manera por demás contradictoria, no influyeron consideraciones teóricas y sí solamente la presión de las capas más avanzadas del proletariado que comenzaba a desmovimentizarse. Por muchas razones su experiencia política soportó la influencia del trotskismo, que venía realizando una vigorosa campaña entre los mineros.

El que era ya indiscutido dirigente obrero no ocultó sus simpatías hacia el Partido Obrero Revolucionario y llegó a asistir a los cursos de capacitación que algunos de sus militantes dictaban en la ciudad de la Paz. De esta época data su amistad con Lora, dirigente porista, en quien veía a su inspirador ideológico. Los jóvenes políticos marxistas recibieron con los brazos abiertos al capo sindical por dos razones: veían en él a un elemento predispuesto a convertirse en caudillo revolucionario y consideraban que podía servir de canal para la penetración del trotskismo en los medios sindicales. En cierto momento Lechín cumplió debidamente este último papel.

Para llegar a ser un adepto de la ortodoxia marxista es preciso comenzar por conocerla; desgraciadamente no todos pueden llegar a ser discípulos aplicados. Lechín no alcanzó a deletrear el "Manifiesto comunista" y todos los esfuerzos hechos para convertirlo en un estudioso de la doctrina de Marx resultaron inútiles. Ni siquiera el aprendizaje elemental pudo ser llevado a buen término. El alumno demostró muy pronto uno de sus defectos que contribuyó a definir toda su vida política posterior: no tendiendo la práctica del estudio le resultaba sumamente doloroso asimilar los textos. No sólo que llegó tarde a la política, sino que traía una serie de vicios adquiridos en el pasado. Es posible que el resultado negativo hubiese sido, en parte, el resultado de las deficiencias pedagógicas de los inexpertos profesores.

Durante los acontecimientos del 21 de julio de 1946 e inmediatamente después, Lechín actuó como militante porista y parecía no ofrecer resistencia a presiones y al control partidista. Fue durante el terrible sexenio que se afilió secretamente al Partido Obrero Revolucionario y hubo necesidad de que un militante trotskista permaneciese a su lado para orientar sus actos y sus palabras. Equivocadamente la dirección del POR pretendió, mediante una ficción, someter a la disciplina partidista a quien no había asimilado el programa. Esta es, indiscutiblemente, su época de mayor radicalismo y su popularidad de entonces, no puesta en duda, no tiene paralelo en nuestra historia social. Se ha dicho malévolamente que los trotskistas fueron los encargados de labrar el prestigio de un falso ídolo. El agigantamiento de Lechín ha sido una de las manifestaciones de la radicalización de las masas, que entusiastamente apuntalaban a un dirigente que con osadía se identificaba con los seguidores de Trotsky.

A pesar de todo esto y gracias a que la situación política se puso tensa, saltó a primer plano uno

de los aspectos negativos de la personalidad del caudillo obrero: miedo a librar la batalla final que, consiguientemente, se traduce en el afán de concluir componendas con el adversario de clase. Se le antoja la revolución como el mayor de los casos y naturalmente se inclina hacia las reformas legalistas. Esa es la versión que da a las presiones ejercitadas sobre él por el movimiento de masas. Esta actitud, perjudicial para el movimiento revolucionario, si bien está en gran medida determinada por las características personales del dirigentes, débese a que no ha logrado comprender en qué consiste la doctrina marxista. La revolución tiene sus propias leyes y constituye el antecedente necesario para establecer una sociedad superior. Un individuo inclinado a la pereza, a la comodidad y hasta a los vicios peculiares de la burguesía decadente, no tiene posibilidades para comprender la grandiosidad que encierra la vida del revolucionario, que tiene que ser puro renunciamiento y sacrificio.

La "Tesis de Pulacayo", como ya se tiene indicado, se aprobó a sus espaldas. La ocupación obrera de la mina de "San José" fracasó debido a sus dudas, a su interés por concluir un acuerdo con el gobierno rosquero y a su descarado boicot. Entró en tratativas con el gobierno que sucedió a Villarroel, particularmente con su ala pirista. Se tienen datos en sentido de que comprometió su ayuda a la candidatura de Hertzog ⁵. Conspiró en alianza estrecha con el Ministro de Trabajo Monasterio (conocido pursista) para eliminar a los trotskystas en el congreso de Telamayu. Llegó por primera vez al parlamento como miembro del Bloque Minero Parlamentario (resultado del frente político formado por el POR y la FSTMB) y desde el Senado continuó esa su política de no molestar demasiado a los dueños del poder. En esa época y después se limitó a leer los documentos elaborados por terceras personas. Una recopilación de sus discursos constituiría un ejemplo acabado de incongruencias.

Su estrecha amistad con Seleme (Ministro de Gobierno del General Ballivián) le permitió convertirse en el puente entre éste y los conspiradores movimientistas, vale decir, es una de las fichas importantes del trabajo preparatorio que concluyó en la conspiración del 9 de abril de 1952. Participó activamente en el desarrollo de estos últimos acontecimientos. Este dato, que hasta ahora nadie ha puesto en duda, viene a desmentir la difundida tesis de su cobardía física, que siempre le habría aconsejado abandonar discretamente el escenario de los acontecimientos decisivos, como ocurrió en mayo de 1949 y rehuir las responsabilidades, conforme demuestra su conducta después de la masacre de siglo XX.

Desterrado después de estos últimos acontecimientos, intentó, en 1950, ingresar clandestinamente al país, habiendo sido detenido cerca de la frontera y nuevamente desterrado a Arica, de donde pasó al Perú (en este país fue encarcelado por breve tiempo). Estos antecedentes fueron utilizados para fraguar la leyenda de su martirologio. Se dice inexactamente que conoció todas las prisiones bolivianas. Con anterioridad, otros revolucionarios aparecieron una y otra vez en territorio nacional, con la decisión de asumir la defensa de los mineros que se encontraban encarcelados y de acusar públicamente al gobierno de la rosca por los luctuosos sucesos de mayo, cosa que ya lo hicieron en el exterior.

"El Diario" de 8 de mayo de 1950 abrió su edición con un titular a toda página que decía: "Juan Lechín fue detenido en Puerto Acosta. Ha sido exiliado nuevamente al puerto chileno de Arica". Su texto, presentado a doble columna, contiene, entre otros, los siguientes párrafos: "... cuando trataba de ingresar subrepticamente al país fue detenido en la propiedad de Carlos Saiduni, situada a pocos kilómetros de Puerto Acosta, en la madrugada del viernes pasado (5 de mayo) y traído a esta ciudad el sábado a horas tres de la tarde, habiendo permanecido incomunicado en la Brigada Departamental de Carabineros..." "... En la madrugada de ayer domingo (7 de mayo), Lechín fue trasladado al puerto de Arica fuertemente custodiado".

Durante el período de preparación del 9 de abril de 1952 abandona su actitud de aproximación al POR y da la impresión de haberse integrado nuevamente al MNR. La victoria de este partido importa para Lechín la llegada al poder (será Ministro de Minas y posteriormente Vicepresidente).

El 9 de abril acentúa la radicalización de las masas y el dirigente obrero se ve obligado a expresar este fenómeno en lenguaje prestado. Repite nuevamente y esta vez desde los balcones del Palacio de Gobierno, las consignas trotskystas. Como es tradicional en él, entre sus palabras y sus actos media un profundo abismo. Sus discursos rezuman marxismo ortodoxo y su actitud como gobernante expresa su permanente capitulación ante Víctor Paz, vale decir ante el imperialismo norteamericano. Esta dualidad le permitió transformarse bien pronto y acaso sin darse cuenta, en válvula de seguridad de un régimen que nada tenía de obrero y antiimperialista (periódicamente desviaba y debilitaba la creciente presión e

5.- Guillermo Lora, "La burocracia sindical y la masacre de siglo XX". la Paz, 1963.

las masas sobre los deleznablemuros del movimientismo), en freno del descontento popular, como él mismo indicó en la Sexta Convención del MNR.

Planteó públicamente la inmediata nacionalización de las minas (sin indemnización alguna) y de modo obrero. Pareció estar conforme cuando la Central Obrera Boliviana se pronunció en favor de la nacionalización de la tierra, repudiando así la parcelación de las grandes haciendas y la política que buscaba transformar a la masa campesina en pequeña propietaria. Se presentó como paladín de la destrucción definitiva del ejército de casta al servicio de la reacción y propugnó su sustitución con las milicias obrero-campesinas. Sobre todo esto discursó y a veces hasta con elocuencia, porque así complacía y distraía a los trabajadores deseosos de construir una sociedad nueva y que habían tomado en serio la tarea de llevar a su punto culminante el proceso revolucionario. Pese a todo lo anterior, como Ministro de Estado firmó decretos que atentaban directamente contra dichos planteamientos radicales. La nacionalización se hizo de un modo burgués, se reconoció a las grandes empresas una indemnización graciosa e injustificada, al mismo tiempo que se sentaban los antecedentes que permitirían en un futuro próximo el desplazamiento de los obreros de la administración de las minas. La reforma agraria se limitó a convertir a los siervos en pequeños propietarios y a dejar abiertas las compuertas para que se filtrasen excepciones que concluyeron poniendo a salvo a parte de los intereses gamonales.

Lechín declamó en los primeros momentos de la revolución: "Para el proletariado boliviano, los mineros que no olvidan las sangrientas represalias, nada quieren saber de ese ejército. La defensa de nuestra revolución, de las jornadas de abril que la hicieron los trabajadores del país, está en sus propias manos. Será el proletariado armado, con las armas que arrebató al militarismo, al ejército, que defenderá y respaldará a su gobierno. Nada queremos saber del ejército de galones, botas y espadas logradas en victorias sobre pueblos explotados. Es el ejército del overol, con el fusil al hombro y su convicción, el que salvará al país y lo defenderá de sus enemigos. Son las milicias obreras y campesinas las que enarbolarán el estandarte de la revolución, las que ocuparán el lugar de los generales"⁶. El mismo Lechín que discursó en forma tan airada concluyó asestando una puñalada a la revolución boliviana. Suscribió el decreto de reorganización del ejército y de reapertura del Colegio Militar. Esta medida importó, como se ha tenido oportunidad de comprobar, un rudo golpe a ese pueblo que arrancó las armas al ejército oligárquico y que estructuró las milicias obrero-campesinas. El traspie le costó muy caro al líder cobista, pues tuvo que soportar en carne propia la bestial represión desencadenada por el militarismo en el poder.

En el mes de abril de 1952 se constituyó la Central Obrera Boliviana, dentro de los lineamientos de la "Tesis de Pulacayo", es decir, como comando nacional en manos del proletariado. Lechín, casi de manera mecánica, fue designado su Secretario Ejecutivo vitalicio. La nueva Central Obrera se limitó a seguir los vaivenes de la revolución y la suerte corrida por la correlación interna de fuerzas políticas. En la primera época era el verdadero poder y Víctor Paz se vio reducido a la condición de su virtual prisionero; pero, bien pronto fue perdiendo su poderío hasta concluir como simple instrumento del oficialismo. Lechín fue el artífice de esta transformación, o mejor, de esta degeneración. El sindicalismo volvió a servirle de palanca para que pudiese alcanzar sus menguados fines personales.

El gobierno movimientista tuvo como punto de partida un furioso antiimperialismo y acabó postrándose servilmente ante el Departamento de Estado (permitió que el Pentágono se apoderase del país e instalarse en territorio boliviano a su criatura castrense), evolución común de todos los movimientos populares timoneados por la pequeña burguesía. Las dificultades emergentes o inevitables del proceso de transformación fueron transferidas, con una simpleza admirable, a los Estados Unidos, de manera que éste fortaleció su condición de amo del país, tanto en el terreno de la economía como de la política. Bajo el régimen movimientista se cumplió la exigencia yanqui de arrinconar más y más a las agrupaciones revolucionarias y sindicales. Lechín, dada su condición de máximo dirigente sindical, de gobernante y movimientista, lo último por su mentalidad y por su conducta, no fue ajeno a esta evolución. Abandonó, aunque no definitivamente, sus veleidades marxistas y se marchó hasta la trinchera pro-imperialista, bautizada por él como postura revolucionaria nacionalista y llamada también de la izquierda nacional. A partir de este período sostiene la teoría de que sin ayuda norteamericana es inconcebible cualquier profunda transformación en el país; la revolución para marchar hacia adelante necesitaría nada menos que las andaderas proporcionadas por el imperialismo (es decir, por el peor enemigo de la revolución).

El objetivo de su lucha diaria no se presta a ningún equívoco: ganar la confianza del Departamento de Estado, para así poder llegar hasta la Presidencia de la República. Eso es lo que se deduce de todas las

6.- "Lechín y la revolución nacional". La Paz, s/f.

maniobras que públicamente ha ejecutado. A esta categoría corresponden su auto proclamación de líder anticomunista, su viaje a Formosa y su homenaje a Chang Kai Shek, su complicidad en la persecución a los dirigentes marxistas cuando era gobernante y su ostentoso servilismo frente a los Estados Unidos.

El señor Lechín considera que la habilidad política consiste en nadar permanentemente en dos corrientes. En aproximarse públicamente a partidos de centro y de derecha y en mantener pactos secretos con los extremistas, debido a que estos recursos pueden concluir cubriéndole las espaldas. No en vano es dirigente obrero y tiene que evitar que su entreguismo acabe con su popularidad entre las masas y su mismo porvenir político. Subrepticamente ha explicado a algunos obreros que sus contactos con el imperialismo, su anticomunismo y su afán por concluir componendas con la derecha no son más que recursos lícitos para capturar el poder, que sería utilizado por el jefe prinista para cumplir un programa revolucionario y obrero. Se trataría, pues, de que la materialización de tan loable fin justifique el empleo de medios aparentemente contrarrevolucionarios. El empirismo, tanto sindical como político, acaba siempre perdiendo de vista la finalidad última de la lucha y se diluye en la mera actividad diaria. Dicho de otra manera más breve: desemboca en el reformismo. "La meta final, no importa cual sea, no significa nada; el movimiento lo es todo" (Bernstein). Para los marxistas "entre las reformas sociales y la revolución existe un lazo indisoluble; la lucha por las reformas es su medio; la revolución social, el fin" ⁷. Al reformismo se llega después de desligar los medios del fin, considerándolos como categorías independientes.

Las capas burocratizadas de la dirección sindical se han distinguido siempre por su excesivo cinismo de la adopción de medios contrarrevolucionarios, es decir, inmorales y que se ha pretendido justificar con el argumento de que conducen al triunfo de la clase obrera, si por el medio está el líder de turno. En esos círculos ya no se discute la validez de la fórmula: "El fin justifica los medios", se la aplica de una manera muy natural. La triste experiencia de Lechín viene a demostrar que no todos los medios conducen al triunfo de la revolución. El entreguismo, todo lo que obstaculiza la formación de una clara conciencia clasista, lo que divide a la clase obrera o la subordina ideológica, política y organizativamente a partidos políticos que le son extraños, todo esto no hace más que alejar de la revolución social a los trabajadores. Lechín no ha hecho otra cosa que dar las espaldas a la misión histórica del proletariado y definitivamente se ha apartado del camino revolucionario.

El marxista inspira su conducta diaria en una otra concepción. Existe una interdependencia dialéctica entre el fin y los medios. "Está permitido todo lo que conduce realmente a la liberación de la humanidad... Sólo son admisibles y obligatorios los medios que acrecen la cohesión revolucionaria del proletariado, inflaman su alma con un odio implacable por la opresión, le enseñan a despreciar la moral oficial y a sus súbditos demócratas, le impregnan con la conciencia de su misión histórica, aumentan su bravura y su abnegación en la lucha. Precisamente de eso se desprende que no todos los medios son permitidos. Cuando decimos que el fin justifica los medios, resulta para nosotros la conclusión de que el gran fin revolucionario rechaza, en cuanto medios, los procedimientos y métodos indignos que alzan a una parte de la clase obrera contra las otras; o que intentan hacer la dicha de los demás sin su propio concurso; que reducen la confianza de las masas en ellas mismas y en su organización sustituyendo tal cosa por la adoración de los "jefes". Por encima de todo, irreductiblemente, la moral revolucionaria condena el servilismo para con la burguesía y la altanería para con los trabajadores" ⁸.

No corresponde a la verdad la especie de que el famoso enunciado de "el fin justifica los medios" hubiese sido lanzado por los jesuitas o alguna otra secta del catolicismo. El argumento fue esgrimido por los enemigos de los seguidores de Ignacio de Loyola. La fórmula está claramente expresada en "El Príncipe" de Maquiavelo. "La Compañía de Jesús ha manifestado expresamente esta tesis y aunque en varios casuístas jesuitas se encuentra la doctrina de que a quien se le promete el fin ha de autorizársele también los medios necesarios, siempre con la limitación de que un mal medio sigue siendo siempre repudiable" ⁹.

Dentro del MNR se formó el ala izquierda, que comenzó a perfilarse y actuar sin que Lechín se diese cuenta de ellos. Esta izquierda apareció, en gran medida, como el reflejo deformado de la presión ejercitada por los obreros y campesinos sobre el partido de gobierno, a fin de que este último pudiese

7.- Rosa Luxemburgo, "Reforma o revolución". México, 1939.

8.- León Trotsky. "su moral y la nuestra". Santiago de Chile, 1959.

9.- Miller, "El poder y los secretos de los jesuitas". Madrid, 1929.

materializar sus aspiraciones más apremiantes. Este hecho no quiere decir que esa ala izquierda hubiese llegado a actuar como vanguardia proletaria o hubiese convertido a la alianza obrero-campesina en el eje de su estrategia. Se limitaba a expresar imperfectamente -repetimos- la presión que recibía desde el exterior, fenómeno que es común a los partidos populares. El lechinismo (hablando con propiedad, la camarilla formada alrededor del caudillo) supo sacar ventaja política de este hecho, pues utilizó a los explotados como fuerza de presión sobre el gobierno.

La clase obrera se encaminaba a actuar como fuerza independiente del régimen movimientista. Así se expresaba su independencia de clase y las primeras cristalizaciones de su conciencia. La actuación de Lechín frente a este proceso fue francamente reaccionaria. Su finalidad puede resumirse como el empeño por entregar a los trabajadores y a los campesinos a la tutela pequeño-burguesa. Se identificó con el gobierno, con su programa y con toda su ideología. El ala izquierda se limitó a criticar ciertos defectos administrativos, pero no los grandes objetivos formulados desde el gobierno. Juntamente con Víctor Paz ideó la descomunal impostura del co-gobierno MNR-COB y que no tenía más finalidad que la de hacer consentir a los obreros y campesinos que se encontraban en el poder, que el MNR era su propio partido y gobierno y que, por lo tanto, estaban obligados a someterse dócilmente a la dirección pequeño-burguesa y a soportar parte de las cargas que implicaban las medidas puestas en práctica. La tesis pecaba de mala fe, porque el partido de la clase obrera, lejos de haber llegado al poder, estaba perseguido. A pesar de su falacia, el cogobierno demostraba que en Bolivia se había operado una sorprendente movilización masiva y que mañana, volviendo a ponerse en pie, podría barrer con el mismo MNR. Por estas consideraciones el Departamento de Estado ordenó dar fin a tal estado de cosas y proceder al aplastamiento de las organizaciones populares y sindicales. En la práctica, el cogobierno se reducía a la participación de la izquierda movimientista (que tenía el control virtual de la COB) en el gobierno. Los lechinistas tenían sobradas razones para luchar por un mayor control de la Central, ya que esto les daba una serie de ventajas y les permitía organizar a sus parciales. El otro factor del co-gobierno era el centro pazestensorista del MNR.

En ciertos momentos la fuerza del MNR y de su gobierno radicaba en el apoyo del lechinismo. Ahí se agrupaba el grueso de la militancia movimientista y por este canal podía capitalizar en su favor la presión de las masas venida desde fuera del partido oficial. A pesar de esta evidencia, el lechinismo no pudo o no quiso desarrollar su propia política hasta las últimas consecuencias. Fabricó la presidencia de connotadas figuras derechistas que, como era natural, ejecutaron planes francamente antipopulares y proimperialistas. Poco importa que ellas se llamen Víctor Paz Estenssoro o Hernán Siles. Este solo antecedente demuestra que el lechinismo hizo suyo el programa de gobierno del MNR y coadyuvó a su cumplimiento. Sólo la irresponsabilidad y el oportunismo pudieron permitir que prosperase la especie de que el ala izquierda (ahora P.R.I.N.) no tiene nada que ver con lo hecho por el régimen movimientista. El apoyo de Lechín (en ciertos momentos era el único apoyo que contaba) a los presidentes que a su turno desfilaron como expresión del MNR no fue del todo desinteresado, pues a cambio de ello logró el control de ciertos resortes gubernamentales y que a algunos hizo decir que tenía el poder detrás del trono. Surge la conclusión de que, además de influir en la orientación de los regímenes movimientistas, supo darse modos para medrar a la sombra del poder.

El dirigente sindical se subordinó íntegramente al político emeenerista, vale decir, al político extraño al movimiento obrero. Los trabajadores han estado de paso por el MNR y su propia madurez les ha obligado a diferenciarse políticamente de la dirección pequeño-burguesa. Dentro de esta perspectiva era evidente la tendencia de los obreros avanzados de sobrepasar las falaces proposiciones del lechinismo. La evolución del ala izquierda fue por demás incompleta, se detuvo en medio camino para no contrariar el viraje derechista del MNR.

Lo que no puede ponerse en duda es la gran capacidad demostrada por Lechín en la tarea de controlar a las organizaciones laborales, a pesar de la creciente radicalización de éstas. En 1952 (y con mayor razón antes) se tenía la impresión de que el Secretario Ejecutivo de la FSTMB se identificaba plenamente con las aspiraciones obreras, y por esto mismo, era muy difícil descubrir las discrepancias ideológicas de los marxistas. Más tarde, el ministro obrero tuvo necesidad de utilizar una serie de subterfugios para encubrir el distanciamiento de los trabajadores con referencia a sus ideas y a su conducta. Esto explica por qué no ha habido ni hay un control ideológico del lechinismo sobre el movimiento laboral. Para materializar el sometimiento de los sindicatos se han utilizado métodos típicamente burocráticos.

El ala izquierda llegó a identificarse con la burocracia sindical, formada alrededor de los privilegios que

podían lograrse a través del monopolio de ciertos puestos claves en la administración de las minas nacionalizadas, de las entidades autárquicas y del mismo Estado. Por muy secante que sea el control sindical sólo puede ser provisorio y superficial. Las vicisitudes de la lucha de clases, cuando empujan a las direcciones burocratizadas a la oposición, las condenan al fracaso y a la disolución. El burócrata busca simplemente privilegios y satisfacciones materiales, carece de fe revolucionaria, por esto está incapacitado para recorrer el camino de la lucha desinteresada, larga y sacrificada.

Lo que Lechín buscó hasta el último momento fue defender sus prerrogativas dentro del MNR y del gobierno; tal era el sentido de su postura opositora. La derecha y el pazestensorismo, interesados en poner en orden el campo laboral, coincidían con el imperialismo cuando identificaban a la izquierda revolucionaria y a los obreros con el lechinismo. El MNR como gobierno estaba vivamente interesado en deshacerse de Lechín y en arrinconar a los sindicatos, imitando a Siles, atribuyó al Secretario Ejecutivo de la COB una inquebrantable fidelidad marxista. Esto explica por qué la convención movimientista de 1964 comenzó expulsando del partido oficialista a Lechín y a sus amigos. Estos, contra su propia voluntad, no tuvieron más remedio que organizar su propio partido, el PRIN, como versión vergonzante del MNR y que proyectaba llegar casi inmediatamente al Palacio de Gobierno. La frustración de este último objetivo y el error cometido con referencia a las finalidades y conducta de los jefes militares han determinado el fracaso del PRIN como inmediato sucesor del MNR en el poder.

No se puede negar la importancia de Lechín en la historia de los movimientos obrero y político. Pero, se trata de una importancia efímera, porque no deja nada para el futuro de los sindicatos y de la revolución. Si en un comienzo jugó el papel de canal de penetración del trotskysmo, en los últimos días del régimen movimientista se convirtió en instrumento de la reacción nacional e internacional. La caducidad histórica del MNR es también la caducidad del señor Lechín, que tan tercamente se aferra a las limitaciones ideológicas y políticas del partido pequeño-burgués.

El más grande error cometido por Lechín en toda su carrera política ha sido el apoyar a los generales que conspiraron contra el gobierno de Paz Estenssoro, con el argumento de que sólo las fuerzas armadas podían aplastar al monstruoso aparato represivo del Control Político. En el apoyo a la casta militar había mucho de oportunismo, pues estaba seguro que los jefes castrenses le entregarían el poder. Inmediatamente después del 4 de noviembre de 1964 intentó ingresar al Palacio Quemado, a la cabeza de sus parciales. Encontró las puertas cerradas y fue recibido con descargas de ametralladora; el hecho es simbólico, pues demuestra que es casi imposible que pueda llegar a la Presidencia de la República, está pagando muy caro sus veleidades de todo tipo.

Apoyó las medidas tomadas por la Junta Militar bicéfala y prácticamente se abandonó en sus brazos. El PRIN fue el eje y la organización popular que sustentó el Comité Revolucionario del Pueblo, producto del contubernio con las organizaciones reaccionarias, creado con la finalidad de apuntalar al gobierno restaurador salido del golpe contrarrevolucionario. Como quiera que los generales llegaron al poder con la finalidad de imponer con las bayonetas los planes colonizadores del imperialismo y destrozar a las organizaciones sindicales y populares, la izquierda tuvo que soportar una despiadada represión. Cuando Lechín y sus amigos quisieron presionar sobre el nuevo gobierno, éste se lanzó al ataque acusándole de comunista.

En mayo de 1965 fue apresado y desterrado al Paraguay, acto premeditadamente planeado para obligar a los obreros a salir a las calles y así justificar la destrucción de los sindicatos. Siguió la huelga general decretada por la agonizante COB y la ocupación militar de los centros mineros (masacres de Siglo XX y Milluni). Desde esa fecha se ha hecho una norma considerar las minas zonas militares.

Posteriormente, el líder obrero ha vuelto al plano de la actualidad toda vez que el gobierno así lo determinó con sus campañas públicas en contra de él. El Ministro de Gobierno Antonio Arguedas (más tarde confesará haber sido agente de la CIA) lanzó en su contra acusaciones pueriles, como aquella de su nacionalidad chilena y otras casi imposibles de verificar: sostuvo enfáticamente que mantenía vinculaciones con los servicios de inteligencia de los Estados Unidos, etc.

A mediados de mayo de 1967, Lechín, desde Santiago de Chile, expresó sus simpatías con el movimiento guerrillero que había estallado en Bolivia. Se ha comprobado que estuvo en Cuba para tomar acuerdos con el castrismo en los documentos de los combatientes de Ñancahuazú. Se dice que el PRIN solicitó ayuda económica a cambio de su respaldo a los insurgentes. Como siempre, jugó a dos ases simultáneamente.

Estaba empeñado en conformar un frente político con los partidos nacionalistas (MNR, FSB y PDC) y con fines electorales.

A pesar de haber perdido progresivamente su enorme ascendiente sobre los trabajadores (en los primeros momentos podía decirse, sin temor a incurrir en un error, que representaba a la vanguardia de los mineros), sigue siendo reelegido como máximo dirigente tanto de la FSTMB de mineros como de la COB, lo que a muchos se les antoja una contradicción inexplicable. A medida que la clase obrera en su conjunto se ubica en posiciones mucho más avanzadas que todo el nacionalismo, Lechín es empujado más y más a la derecha, de manera que ahora es el portavoz de las capas más rezagadas del proletariado y que, desgraciadamente, comprenden a sectores mayoritarios de los trabajadores. Otro factor que le ayuda a recolectar votos radica en la fuerza de inercia que normalmente domina en los medios sindicales. Sólo en los momentos de mayor agudeza de la lucha de clases el grueso de las masas llega a soldarse con su vanguardia y da un verdadero salto hacia adelante en la evolución de su conciencia. En estas condiciones todavía le sirve a Lechín su cinismo confeso, su inescrupulosidad en la maniobra, su mimetismo ideológico, etc. Sin embargo, se puede constatar que cada día se ve mayormente relegado en las luchas sociales. Las persecuciones y las campañas que contra él desencadenan la autoridades le ayudan a sobrevivir.

En 1970, el XIV Congreso de los mineros no discutió su inconducta y se limitó a reelegirlo como Secretario Ejecutivo de la FSTMB, esto porque la persecución no le permitió llegar hasta la reunión de Siglo XX, habiéndose beneficiado con la sana tradición obrera de solidaridad incondicional con los sindicalistas perseguidos. Esa misma reunión aprobó la Tesis Política con cuyo contenido y perspectivas dijo Lechín estar en desacuerdo.

Durante el cuarto congreso de la COB (1970) fue acremente criticado por los delegados marxistas, pero pudo ganar en las elecciones para la dirección (aunque fue ampliamente derrotado en las discusiones políticas que precedieron a la ratificación de la Tesis Política de los Mineros) gracias a la repartija de cargos del Comité Ejecutivo que sirvió de punto de partida del contubernio concluido con pekineses, foquistas, movimientistas y hasta falangistas. El líder de marras concluyó convirtiéndose en el constructor de la debilidad e inoperancia de la dirección cobista.

Pese a su repulsa, En el plano de las declaraciones y de los hechos, a la Tesis Política cobista, no tuvo el menor reparo en sumarse a la línea señalada por el POR cuando las masas bolivianas acentuaron su movilización y orientaron su marcha hacia el socialismo. Con dudas y oscilaciones se sumó a la Asamblea Popular, de la que resultó su dirigente. Sin embargo, es muy difícil saber si realmente comprendía su línea política y si hubiese marchado por el sendero de la izquierda marxista hasta las últimas consecuencias del proceso revolucionario o si la acentuación de sus coqueteos y aproximaciones al gobierno Torres le hubiesen conducido nuevamente al redil nacionalista. Nos parece que la segunda variante era la más probable y que se hubiese patentizado en cualquier momento de crisis de la marcha de la revolución.

Salió a las calles el 21 de agosto de 1971, aunque sin demostrar la menor osadía en sus actos y en su pensamiento. Como era natural, corrió la suerte de la izquierda exiliada durante el período del gorilismo.

Constituido el FRA, comenzó declarándose su jurado enemigo e inesperadamente se esforzó por contraponerle la Asamblea Popular, aunque resultaba materialmente imposible el funcionamiento de ésta. El FRA había adoptado el sistema de la dirección colectiva y rotativa, lo que conspiraba directamente contra el autocratismo de Lechín. Esta su postura se trocó, de la noche a la mañana, en su contraria: apareció como el abanderado de la unidad y fortalecimiento del FRA; había descubierto que podía, aprovechando las discrepancias internas del Frente, volver a aparecer como el máximo caudillo, con muchas posibilidades para sacar ventaja política.

Se vio mezclado en los trajines conspirativos de los numerosos militares, ocasionalmente teñidos de oficialismo, y, al mismo tiempo, se esmeró en mejorar sus vinculaciones con algunos grupos "marxistas". En 1973 viajó a la China, esta vez a la de Mao, y el gobierno de ese país, con la astucia que le caracteriza y descubriendo el juego en que andaba metido Lechín, oficialmente difundió la nueva de esta sorprendente visita.

Finalmente, olvidando sus movimientos a la sombra del FRA, estampó su firma en una alianza junto a los partidos nacionalistas de derecha, como el de Siles Zuazo, ya pekineses y moscovitas.